

chada de la iglesia, caduca, triste, abatida, con dos puertas de arco: una, tapada con pedruscos y cal, como superflua; la otra medrosamente entreabierta. A los lados débiles de aquel templo, manchado con tonos de ruina, parecían agazaparse dos construcciones desmanteladas, del rito latino y del rito griego, como hijas despavoridas que alcanzó la Muerte y que se refugian en el seno de la madre, medio muerta también y ya fría.

Calcé mis guantes negros. Un bando voraz de hombres sórdidos nos envolvió con un alarido, ofreciendo reliquias, rosarios, escapularios, cruces, pedacillos de tablas cepilladas por San José, medallas, frascos de agua del Jordán, cirios, agnus-dei, estampas de la Pasión, flores de papel hechas en Nazareth, piedras benditas, huesos de aceitunas del Monte Olivete, y «túnicas como las usara la Virgen María». Y á la puerta del sepulcro de Cristo, donde la tía me recomendara que entrase de rodillas, gimiendo y rezando, tuve que desprenderme á empujones de un vagabundo con barbas de ermitaño que se había colgado de mi chaqueta hambriento, terco, pedigüeño, ladrando que le comprásemos boquillas hechas con un pedazo del Arca de Noé.

—¡Aparta, animal!

De esta piadosa manera me precipité, con el paraguas goteando, dentro del Santuario sublime donde la cristianidad guarda el Túmulo de Jesucristo. Luego me detuve, sorprendido, sintiendo un delicioso y grato aroma de tabaco de Siria. En un amplio estrado, sobre tapices de Caramania y antiguos almohadones de seda, se reclinaban tres turcos, barbudos y graves, fumando en largas pipas de cerezo. En la pared tenían colgadas sus armas. Delante, un siervo, vestido de harapos, esperaba con una taza humeante de café en la palma de cada mano. Pensé que el catolicismo providente había establecido á la puerta del hogar divino una tienda de bebidas y aguardientes para esparcimiento de sus romeros. Dije á Potte en voz baja:

—¡Gran ideal! Me parece que también yo voy á tomar un cafetito.

Pero luego el festivo Potte me explicó que aquellos hombres serios que fumaban en pipa eran soldados musulmanes, que custodiaban los altares cristianos para impedir que en torno del sepulcro de Jesús se agrediesen por superstición, por fanatismo ó por envidia de las limosnas los sacerdotes rivales que allí celebraban sus ritos opuestos. —Sacerdotes como el padre Piñeiro, sacerdotes ortodoxos para quienes la cruz tiene cuatro brazos, abisinios y armenios, coptos que descienden de los que en otro tiempo adoraron al buey Apis, nestorianos venidos de Caldea, georgianos que vienen del mar Caspio, todos cristianos, todos intolerantes, todos feroces... Entonces saludé agradecido á los soldados de Mahoma, que para mantener el recogimiento piadoso en torno de Cristo muerto, serenos y armados, velan á la puerta fumando.

Luego, pasamos delante de una lápida cuadrada, incrustada en las losas oscuras, reluciendo con tal dulce brillo de nácar, que parecía el agua quieta de un estanque donde se reflejaban las luces de las lámparas. Potte me tiró de la manga recordándome que era costumbre besar aquel pedazo de roca, santa entre todas, que, en otro tiempo, en el jardín de José de Arimatea...

—Ya sé... ya sé... ¿Beso, Topsisus?

—Vaya besando siempre,—me dijo el prudente historiógrafo de los Herodes.—No se le pega nada y agrada á su señora tía.

No besé. En fila y callados, penetramos en una vasta cúpula, tan esfumada en el crepúsculo, que en el círculo de rosetones redondos en la altura brillaba como un aro de perlas en torno de una tiara. Las columnas que la sustentaban, finas y juntas como las lanzas de una guardia, cercaban las sombras en redor, entre cuyos velos brillaba la mancha bermeja y mortal de una lámpara de bronce. En el fondo se elevaba blanco y resplandeciente un sepul-



cro de mármol de florida labor. Le servía de dosel un antiguo paño de Damasco, recamado de áureos bordados, viejos y desvanecidos. Dos hileras de antorchas hacían un camino de luces funerarias hasta la puerta estrecha, cubierta por una colgadura color de sangre. Un padre armenio, que desaparecía bajo su amplio hábito negro, lo incensaba, muda y adormecidamente.

Potte me tiró otra vez de la manga:

—¡El Sepulcro!

¡Oh, alma mía piadosa! ¡Allí estaba, al alcance de mis labios, el túmulo de Nuestro Señor Jesucristo!

Inmediatamente me abrí camino entre la turba ruidosa de frailes y de peregrinos, como un perro que busca á su dueño. ¡Yo buscaba un rostro blanco y sonrosado y una gorra con plumas de gaviota! Largo tiempo vagué aturcido. Tan pronto tropezaba con un franciscano ceñido con su cordón de esparto, como me detenía ante un padre copto precedido por siervos que tañían las panderetas sagradas del templo de Osiris. Aquí tropezaba con un montón de ropajes blancos, caído en las losas como un fardo, del cual se escapaban gemidos de contrición; más adelante era un negro todo desnudo, estirado al pie de una columna, durmiendo plácidamente. A veces el clamor sagrado de un órgano resonaba, rodaba por los mármoles de la nave, moría con susurro de ola que se esparce; y luego, más lejos, un canto armenio, trémulo y ansioso, batía los muros austeros como la palpitación de las alas de un ave prisionera que quiere huir. El aroma del incienso era sofocador, y sacerdotes de cultos rivales me tiraban de la chaqueta para mostrarme reliquias rivales, heroicas ó divinas. Aquí las espuelas de Godofredo; allí un pedazo de caña verde, la caña que dieron por cetro burlesco á Jesús.

Aturcido, uníme á una procesión penitente donde me pareció columbrar, blancas y altivas, las dos plumas de gaviota. Un carmelita iba al frente murmurando la letanía, deteniéndose á cada paso ante la puerta de capillas

cavernosas, destinadas á la pasión: la del *Improprio* donde el Señor fué flagelado; la de *Túnica*, donde el Señor fué desnudado. Después subimos, con antorchas en la mano, una escalera tenebrosa, abierta en la roca viva. Súbitamente, todo el tropel devoto se arrojó de rodillas, ululando, gimiendo, golpeándose el pecho, clamando por el Señor, lúgubre y delirante. Estábamos sobre la Piedra del Calvario.

En torno, la capilla que la abriga, resplandecía con un lujo sensual y pagano. En el techo, de azul metálico, brillaban soles de plata, signos del Zodíaco, estrellas, alas de ángeles, flores de púrpura: de entre aquel fausto sideral pendían de hilos de perlas los viejos símbolos de la Fecundidad, huevos de avestruz, huevos sagrados de Astarté y del Baco de oro. Sobre el altar, elevábase una cruz roja con un Cristo toscó y dorado que parecía brillar entre el color difuso de las luces, el relampaguear de las alhajas y el humo de los aromas que se quemaban en tazas de bronce. En el suelo, en medio de aquella claridad preciosa de pedrería y luz, saliendo de entre rosas de mármol blanco, se destacaba un pedazo de roca brava y granítica, con una huella alargada y pulida por largos siglos de besos y de sollozos beatos. Un arcediano griego, de barbas escuálidas, gritó:

—¡En esta roca fué clavada la cruz! ¡La cruz! ¡La cruz! ¡Miserere! ¡Kirie-Eleyson! ¡Cristo! ¡Cristo!

Los rezos se precipitaron más ardientes entre sollozos. Un cántico doliente balanceábase con los incensarios. ¡Kirie-Eleyson! ¡Kirie-Eleyson! Y los diáconos pasaban rápidamente con grandes sacos de terciopelo, donde sonaban y caían confundidas las ofrendas de los humildes.

Huí de allí aturcido y confuso. El sabio historiador de los Herodes paseábase en el atrio con el paraguas abierto, respirando el aire húmedo. De nuevo nos acometió el bando hambriento de los vendedores de reliquias. Los repelí rudamente y salí del santo hogar como había entrado: en pecado y maldiciendo.



En el hotel, Topsisus recogi6se pronto á nuestra habitaci6n para registrar sus impresiones del Sepulcro de Jes6s; yo qued6 en el patio, bebiendo cerveza y fumando con el alegre Potte. Cuando subí, ya tarde, mi esclarecido amigo roncaba con la vela consumida y un libro abierto sobre la cama, un libro mío traído de Lisboa para recrearme en el país del Evangelio, *El hombre de los tres calzones*. Descalcéme las botas, sucias de lodo venerable de la Vía Dolorosa, pensando en mi Cibeles. ¿En que sacratísimas ruinas, bajo qué árboles divinizados por haber andado bajo su sombra el Señor, había ella pasado aquella tarde nebulosa de Jerusalem? ¿Habría ido al valle del Cedr6n?

Suspiré amoroso y molido; é iba á meterme entre las mantas, cuando distintamente, á través del tabique fino, sentí un ruido de agua vertida en una bañera. Escuché alborozado. Luego, en el silencio que envolvía á Jerusalem, me llegó perceptible el son leve de una esponja empapada en agua. Arrimé la oreja al papel de ramajes azules. Pasos blandos y desnudos pisaban la estera que cubría el pavimento de ladrillo. Así fuí oyendo todos los rumores íntimos de un largo, lento, lánguido bañó: el exprimir de la esponja; el fofo fregotear de la mano llena de espuma de jab6n; el suspiro laso y consolador del cuerpo que se estira bajo la caricia suave del agua refrescada con una gota de perfume... Yo buscaba desesperadamente un agujero, una rendija del tabique... Otra vez cantó el agua corriendo de la esponja. Yo, temblando todo, creía ver las gotas lentas corriendo entre el cauce de aquellos dos senos duros y blancos que hacían estallar el vestido de sarga.

No pude resistir más. Descalzo, en calzoncillos, salí al corredor silencioso; y clavé en la cerradura de su puerta un ojo tan ardiente que casi recelaba herirla con la devorante llama de su rayo sanguíneo... Descubrí en un círculo de claridad una toalla caída en la estera, un rop6n bermejo y un extremo del albo cortinaje de un lecho. Yo esperaba que ella atravesase desnuda y espléndida aquel

disco escaso de luz, cuando sentí de repente abrirse una puerta casi detrás de mí. Era el barbas en mangas de camisa y con el candelero en la mano. Yo, misérrimo Raposo, no pude escapar. El hércules, callado, con método, puso el candelero en el suelo y alzó su ruda bota de dos suelas desmantelándome las nalgas. Yo rugí:

—¡Bruto!

El murmuró:

—¡Silencio!

Y otra vez su bota bestial y de bronce me golpeó tremendamente caderas, nalgas, canillas; toda mi carne bien cuidada y preciosa. Después, tranquilamente, volvió á coger su candelero. Entonces yo, lívido, en calzoncillos, le dije con inmensa dignidad:

—Lo que á usted le vale es que estamos aquí, al pie del sepulcro del Señor y no quiero dar escándalos por causa de mi tía... ¡Pero si estuviésemos en Lisboa, fuera de puertas, en un sitio que yo sé, le comía los hígados! Ni usted sabe de lo que se libró. ¡Cuidado con el hombre! ¡Le comía los hígados!

Y muy digno, cojeando, entré en mi cuarto á hacerme pacientes fricciones de árnica. Así pasé mi primera noche en Sion.

Al otro día, temprano, el profundo Topsisus fué en peregrinaci6n al monte de las Olivas y á la fuente clara de Siloeh. Yo, dolorido, no pudiendo montar á caballo, quedé en el sofá, con *El hombre de los tres calzones*. Para evitar al afrentoso barbas, no bajé al comedor, pretextando tristeza y cansancio. Sin embargo, al ponerse el sol en el mar de Tiro, ya me hallaba restablecido y vivaz. Potte había dispuesto para aquella noche una fiesta sensual en casa de Fatmé, una matrona que tenía en el barrio de los Armenios un dulce palomar de palomas. Nosotros íbamos allí para contemplar á la gloriosa bailadora de Sión, la



*Rosa de Jericó*, y recrearnos con aquella danza de la *Abeja*, que encandila á los más fríos y deprava á los más puros...

La recatada puerta de Fatmé, adornada con un pie de viña seca, abríase á la sombra de un muro negro, junto á la Torre de David. Fatmé nos esperaba, majestuosa y obesa, envuelta en velos blancos, con hilos de corales entre las trenzas, y los brazos desnudos mostrando en cada uno la cicatriz oscura de un bubón de peste. Me tomó sumisamente la mano que llevó á su cabeza aceitosa y á sus labios empastados de escarlata, conduciéndome después ceremoniosamente ante una cortina negra, franjeada de oro como el paño de un ataúd. Me estremecí al penetrar en los secretos deslumbradores de un serrallo mudo y oliendo á rosas. Era una sala blanqueada de fresco. A lo largo de las paredes corría un diván revestido de seda amarilla, con remiendos de seda más clara. Sobre un pedazo de tapiz de Persia había un brasero de latón, apagado, bajo el montón de cenizas. Allí quedara olvidada una pantufla de terciopelo estrellada de lentejuelas. Un bandolín dormía en un extremo entre almohadones. En el aire tibio vagaba un olor femenino de mirra y de benjuí. Por los ladrillos corrían algunas cucarachas.

Sentéme sesudamente al lado del historiador de los Herodes. Una negra de Dongola, encamisada de escarlata, con brazaletes de plata que chocaban á cada movimiento, vino á ofrecernos café aromático. Casi inmediatamente Potte apareció diciendo que no podíamos saborear la famosa danza de la *Abeja*. La *Rosa de Jericó* había sido llamada para bailar ante un príncipe de Alemania, llegado aquella mañana á Sion para adorar el Sepulcro del Señor. Fatmé apretaba con humildad el corazón, invocando á Alah y llamándose nuestra esclava. ¡Era una fatalidad! La *Rosa de Jericó* había sido para el príncipe rubio que viniera con caballos y con plumas, del país de los germanos.

Despechado, hice saber á Fatmé que yo no era un prín-

cipe; pero que mi tía tenía muchas riquezas y que los Raposos privábamos por lo ilustre del linaje en el hidalgo Alemtejo. Si *Rosa de Jericó* estaba ajustada para regocijar mis ojos católicos era una desconsideración haberla cedido al hidalgo con coraza, llegado de la hereje Alemania.

El erudito Topsius gruñó, alzando la nariz con petulancia, que Alemania era el más espiritual de los pueblos.

—El brillo que sale del casco alemán, don Raposo, es la luz que guía á la Humanidad.

—Sebo para el casco alemán. A mí nadie me guía. Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo. Nadie me guía, sino Nuestro Señor Jesucristo... Además, en Portugal, hay grandes hombres como en Alemania, Alfonso Enriquez, Herculano.

Me alcé amenazador. El sapientísimo Topsius temblaba encogido. Potte acudió:

—¡Paz, cristianos y amigos, paz!

Topsius y yo nos sentamos después en el diván teniendo apretadas las manos gallardamente y con honra.

Fatmé, en tanto, juraba que Alah era grande y que ella era nuestra esclava. Si nosotros queríamos entregarle siete piastras de oro, ella en compensación de *Rosa de Jericó*, nos ofrecería una joya inapreciable, una circasiana, más blanca que la luna llena, más airosa que los lirios que nacen en Galgalá.

—¡Venga la circasiana!—grité excitado.—¡Larga esas piastras, Pottel! ¡Caramba, quiero regalar la carne!

Fatmé salió andando de espaldas. El festivo Potte sentóse entre nosotros, abriendo su bolsa perfumada de tabaco de Alepo. Entonces, una puerta blanca, sumida en el muro enlucido, rechinó levemente, y una figura entró, velada, blanca, vagarosa. Amplios calzones turcos de seda carmesí caían con languidez desde su cintura ondulante, hasta los tobillos donde se plegaban sujetos por una liga de oro; sus pies apenas se posaban albos y alados en las chinelas de tafilete amarillo; á través del velo de gasa que



envolvía su cabeza, el pecho y los brazos, brillaban recamos de oro, fulguraban joyas, y centelleaban las dos estrellas negras de sus ojos. Me desesperé, entumecido de deseo.

Detrás de ella, Fatmé, con la punta de los dedos, alzó el velo, lenta, lentamente, y de entre la nube de gasa surgió una carota color de queso, cadavérico, nariguda, con un ojo bizco y los dientes podridos que negreaban en la languidez necia de la sonrisa. Potte se levantó del diván injuriando á Fatmé: ella gritaba por Alah, golpeándose en los senos que sonaban blandamente como odres medio vacíos.

Desaparecieron empujándose, arrastrados por una ráfaga de ira. La circasiana, con su sonrisa pútrida, se acercó extendiendo la mano y pidiéndonos «presentes» con una voz ronca del aguardiente. La rechacé con enojo. Ella llevóse una mano á la cadera, y recogióse tranquilamente su velo, salió arrastrando las chinelas.

—¡Oh, Topsisus; esto me parece una burla!

El sabio hizo consideraciones sobre la voluptuosidad. Yo me sentía feroz, con deseos de romper el bandolín.

—Esto no puede tolerarse. Si estuviéramos en la calle del Arco de Bandeira, á esta Fatmé ya le habría roto los dientes.

Potte apareció atusándose los bigotes, diciéndonos que por nueve piastras más Fatmé consentía en mostrarnos aquella secreta maravilla, una virgen de las márgenes del Nilo, de la alta Nubia, bella como la noche más bella de Oriente. Potte la había visto y afirmaba que valía el tributo de una fértil provincia.

Frágil y liberal, cedí.

De nuevo rechinó la puerta, y sobre la blancura de la cal, destacóse en su desnudez color de bronce, una espléndida mujer, hecha como una Venus. Durante un momento, se detuvo muda, asustada por la luz y por los hombres. Los cabellos hirsutos, lustrosos de aceite, entrelaza-

dos con zequies de oro, le caían sobre el dorso como una selva; un hilo suelto de cuentas de vidrio se enroscaba en torno del pescuezo y corría entre los senos rígidos, perfectos y de ébano. De repente lanzó un largo plañido: *Lu! lu! lu! lu! lu!* Y se echó de bruces sobre el diván. Estirada, en la actitud de una esfinge, quedó asaeteando sobre nosotros, sería é inmóvil, sus grandes ojos tenebrosos.

—Mire,—dijo Potte dándome de codos.—Repere qué cuerpo. Repere qué brazos.

Y Fatmé, con los ojos en blanco, chillaba besos en la punta de los dedos, expresando los deleites trascendentales que debía producir el amor de aquella nubia. Ciertamente que por la persistencia de su mirada la habían seducido mis fuertes barbas. Me acerqué lentamente como á una presa segura. Sus ojos se abrían inquietos y fascinantes. Gentilmente, llamándola *paloma mía*, le acaricié el hombro frío. Al contacto de mi piel blanca, la nubia retrocedió con un grito ahogado de gacela herida. Aun cuando aquello no me agradó quise mostrarme amable; pero ella no comprendía mi lengua. En sus ojos, fluctuaban la añoranza de su aldea nubia, los rebaños de búfalos que duermen á la sombra de los tamarindos, del gran río que corre eterno y sereno entre las ruinas de las Religiones y las tumbas de las Dinastías.

Imaginando despertar su corazón con la llama del mío, la atraje lascivamente. Ella huyó, refugiándose en un rincón toda temblorosa; y dejando caer la cabeza entre las manos, comenzó á llorar largamente.

—Esto es un robo, —grité indignado.

Y calándome el casco de corcho, salí desgarrando casi, en mi furor, la cortina negra, franjeada de oro. Paramos en una celda con pavimento de ladrillos, donde olía mal; y allí, bruscamente, entre Potte y Fatmé, surgió una ruda contienda sobre la paga de aquella radiante fiesta del Oriente: ella reclamaba todavía siete piastras de oro: Potte, con el bigote erizado, le escupía injurias en árabe, ru-